

REFLEJOS

REFLEJOS

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998

REFLEJOS

¿ Para qué vienes a mirarte otra vez? ¿ No te bastó la anterior cuando te rasuraste? No me gusta verte con esa jeta. Es la misma que traías el día de tu cumpleaños sólo porque tu nieta te regaló unas calcetas de lana y te llamo abuelito. ¿Te es tan difícil comprender que ya estás en la última etapa de tu vida? Ese día te acostaste en calzoncillos y trataste de hacer el amor a tu mujer para demostrar lo joven que aún eras. Ella, en lugar de agradecértelo, se preocupó porque no te enfriaras. Los siguientes tres días tuviste que estar en cama por el fuerte resfrío. Y la que pagó el pato fue ella. Bueno, en parte tienes razón de estar enojado ya que no te da el trato de antes sino que se comporta contigo como una madre que cuida a sus pequeños o, peor aún, al de una hija que cuida a sus padres enfermos. Pero cambia a las mujeres, todas son iguales. El hacer sentir débiles a los fuertes es su venganza. Y tú ahí vas de presumido a decir que desde ese día te ibas a levantar temprano a correr; afortunadamente antes de lanzar el reto te convenciste que llevabas todas las de perder. Las mañanas estaban grises y frías y el calor de la cama es muy agradable, además podrían aumentar tus dolores articulares. Y esa otra ideota, la de aprender idiomas o tomar cursos de filosofía; a tiempo te diste cuenta que no era factible, que ya no podrías entender a Kant y menos decir aufwiedersehen correctamente y menos acordarte. Tampoco ibas a poder competir comiendo o bebiendo, acuérdate de tus úlceras y tu colitis. Tú mismo te reíste cuando planeaste poner una casa chica. Si no puedes en esta qué ibas a hacer en otra y con una mujer joven. Sólo darle dinero y eso no te sobra mucho, que digamos. Lo demás tampoco te funcionó: jugar tenis por el miedo al infarto, solicitar un trabajo por saber que nadie te lo iba a dar, excursiones por miedo a viajar sin tener lo suficiente. Comprende de una vez, es imposible seguir siendo joven toda la vida. Pero tú terco que sí. Qué risa, no te quedó más que hacer el ridículo poniéndote ropa de joven, dejándote crecer el poco cabello que tienes, tiñéndote el bigote. Lo bueno que eso te duró poco. Además ya estoy cansado de tu maña de venir a quejarte conmigo. Te conozco mejor que nadie y sé de que pie cojeas. No en balde nos hemos mirado frente a frente durante tantos años. A mí te asomaste cuando se te cayó el

REFLEJOS

primer diente, cuanto te salió el bigote. Vi como te embarrabas la cara de cremas para que desapareciera tu acné. Frente a mí ensayaste sonrisas y muecas. Desnudo me mostraste tu musculatura y, con un poco de pudor, tus primeras erecciones. Vi el brillo de tus ojos cuanto te enamoraste de aquella María y las ojeras después de pasarte días en vela estudiando para tus exámenes. Acuérdate de la cara de terror que tenías cuando creíste haberte contagiado y frente a mí explorabas milímetro a milímetro tu piel. ¿Cuántas horas nos habremos contemplado durante todos estos años? Seguramente que muchas más que las que puedas pensar. Dejé de verte en cortas temporadas y sólo en una larga, cuando te fuiste a especializar al extranjero. Tanto te he visto que puedo leer tus pensamientos y saber todo lo que haces durante el día. Nadie, ni tu madre, tu mujer o tus hijos te ha conocido mejor que yo. ¿O acaso ellos han visto como van pudriéndose uno a uno tus dientes, o cómo tus cabellos se vuelven canos? Yo he observado cuando te empezaron a salir esas manchas en la cara, tus primeras arrugas. He mirado como tu vientre ha ido inflándose y tus músculos se han desinflado. Sólo conmigo te atreviste a llorar cuando murió tu madre. Conozco tus miradas de codicia, de rencor, de envidia, de piedad, de placer y todas las que gustes y mandes. A todos puedes engañar menos a mí. Recuerdo perfectamente el día en que abandonaste la religión y la fecha en que volviste a ella. Ahora te molesta que te refleje tal cual eres. Por mí te quitaría las arrugas, la mirada miope, el tic de tu boca, las manchas de nicotina. Pero no puedo. Tengo que retratarte como eres, y si quieres mi modesta opinión, me pareces un viejo agradable, pero viejo, eso sí. No te enojés. Si me rompes como es tu intención no ganarás nada. Recuerda que es de mala suerte, siete años por cada trozo. Si esto fuera cierto yo mismo me partiría en cien pedazos para que tú vivieras varios siglos. Acepta que los dos ya estamos más allá que acá. Yo ya estoy opaco y con dificultad reflejo tu cara y tu cuerpo. En poco tiempo seré inservible y me tirarán a la basura. Tú correrás con mejor suerte. Te arroparán y te colocarán en medio de sedas. Estás muy cansado, ya no te veas tanto en mí, mejor vete a dormir. Quiero todavía verte muchas mañanas a la misma hora de

REFLEJOS

siempre, aunque sea con ojeras, con lagañas y con el poco cabello que te queda despeinado. ¡ Hasta mañana!

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998